

El alba y la ch'alla en el Carnaval de Oruro

Con este texto del Director de la Casa de la Cultura dependiente de la Universidad Técnica de Oruro, Dr. Antonio Revollo Fernández, El Duende inicia un ciclo dedicado al Carnaval de Oruro, en el que podrán leerse textos, propuestas y opiniones de destacadas personalidades e intelectuales acerca de esta festividad que tras el nombramiento de Patrimonio Oral e Intangible de la Humanidad por la UNESCO, adquiere una candente significación.

El Alba en el carnaval de Oruro, es una manifestación cultural de ribetes extraordinarios, alucinante a la vista y oído de propios y profanos por la abigarrada presencia de elementos e hipnótica de muchas bandas musicales, que brindan al unísono melodías folklóricas en catarsis de desenfreno vital indescriptible del conglomerado social, compuesta por bailarines y espectadores, hacen un cuadro de integración espiritual entre el hombre, cosmos y sus deidades teogónicas, junto al culto cristiano, que poseídos por un trance compartido, a través de la música y el alcohol, parecieran dialogar con el mismo sol.

Dicho rito solar proveniente desde tiempos remotos, de dimensiones rutilantes en el Carnaval de Oruro, el colectivo actual ha ido perdiendo su definición ancestral que, sin embargo, merced al eterno presente mítico del orureño, tiene plena vigencia en nuestros días, por el atavismo cultural aunque con nuevas visiones en el inconsciente colectivo, raizadas en las antiguas tradiciones indígenas.

Willca Tata Inti.

Durante el período incaico, los pueblos dominados conservaban sus antiguos cultos totémicos, particularmente centrada en la Pachamama surgida de la relación hombre-naturaleza, la aristocracia cuzqueña a partir de Manco y sus primeros sapa incas impusieron el culto al Sol como forma de imponer la ideología imperial dominante, aunque los Suyos sometidos seguían con sus ritos ancestrales, pero admitiendo la primacía del Dios Tata Inti.

Como consecuencia del proceso sincretizador en tiempos precolombinos los aymaras conjugaron espacios rituales, diversos cultos como Mama Paxi (luna), Illapa (trueno), Huacas (lugares sagrados) Achachilas o Machulas, finalmente, los dioses protectores domésticos como kunturamani (cónedor-halcón) y los Uywiris espíritus protectores del hogar.

Sin embargo, dentro el contexto del Olimpo Andino sobre sales el culto a la pachamama o madre tierra centrada en las actividades agrícolas personificada y divinizada como madre universal, que como gratitud a ella se debe «pagar», en reciprocidad, una «Mesa» que sacie el apetito de la madre naturaleza,



además, de la Challa, rociando en el suelo aguardiente, chicha o alcohol para compartir y comunicarse a través del ritual de manera integral.

La challa en el carnaval

Con precisión anota Hans van den Berg que «la tierra no da así nomás», es decir, los ritos enmarcados al ciclo vital de las personas desde el nacimiento hasta la muerte, así como el calendario agrícola anual en sus tres estaciones: Juiphipacha (época de las heladas), Awtipacha (época seca u de siembra) y Jallupacha (época de las lluvias-maduración de los cultivos), en reciprocidad se da de «comer y beber» mediante el sacrificio de animales como la llama, el ofrecimiento de Mesa Blanca (banquete aymara) y a la Challa que se ofrece a la Pachamama, son fastos comunicantes entre el Jaqui (hombre) y los achachilas dentro de la cosmogenia andina.

En ese orden, el beber en los carnavales, no sólo sugiere un «lubricante social» o status jerárquico, sino, es el ritual colectivo de reciprocidades y ofrendas entre los hombres, la naturaleza y sus dioses tutelares, cuya máxima eclosión es precisamente el martes de Challa.

El carácter religioso y cultural de la embriaguez

Una de las prácticas rituales en el imperio Inka, fue la de beber en par, por tanto se utilizan vasos para beber siempre en número par, por tanto se utilizaban vasos para beber siempre en número par, rara vez impar. Waman Puma, citado por Roberto Randal, indica: «tomar chicha con dos vasos se efectuaba en varias oportunidades, cuando los Inkas tomaban con el Sol (antes de una guerra); durante el Intiraymi en junio, durante la siembra en agosto y por los ritos funerarios de los Inkas o de los Qollas.

En semejantes casos el Sol tenía que ayudar en

la guerra, la tierra estaba encargada de proveer fertilidad y no causar enfermedades a los vivos.

Por tanto, se colige que la Pachamama es la tierra fecundada y fertilizada por el rocío del Aqha, que es el abono, el Qonchu que queda debajo de la tierra, enfatiza la conexión de líquidos y su flujo simbólico entre la acción del hombre y la naturaleza.

La embriaguez considerada idolátrica

Uno de los objetivos de los extirpadores de idolatrías durante el coloniaje fue erradicar la embriaguez de los indios asociada al proceso evangelizador, ya que a través de ella los «herejes», «reviven a sus deidades ancestrales e invitan a la subversión del orden».

Una de las manifestaciones culturales del hombre andino como el culto a los muertos, «eje de la cosmología andina prehispánica, ligado a actos de borrachera», fue considerada idolátrica, siendo perseguida implacablemente por los evangelizadores destruyendo todo aquello considerado «pagano», «en particular las libaciones de bebidas alcohólicas o el consumo de plantas alucinógenas» porque a través de estos «comportamientos procedían frecuentemente al encuentro de los indios con sus ancestros a través de experiencias oníricas y alucinatorias».

No se debe olvidar que los movimientos mesiánicos de los indios del Tawantinsuyu en rechazo al orden colonial, y el resurgimiento de sus dioses tutelares a través de las Huacas fue denominada como Taqui Onkoy, o danza de la enfermedad. Los jesuitas asociaron este movimiento con las «borracheras» y lo interpretaron como una obra del demonio que incitaba una vez más a los indios a sublevarse.

Límites y limitaciones

Al epílogo del presente trabajo, se debe enfatizar los límites y limitaciones en el consumo de alcohol, que por una parte la embriaguez es el regulador y mediador social con implicaciones culturales y religiosas, y la otra la borrachera como escape de la realidad, vicio enajenante, que despersonaliza al bebedor. Por tanto, retomando el hilo temático, en nuestro antruejo se develan los misterios insondables de la vida, como ocurre cíclicamente cada año el día Domingo de Carnaval, donde el Alba, preconiza un eterno retorno de espacios culturales primigenios exaltados por la Challa y la inaudita sinfonía musical en contrapunteo a las faldas del legendario cerro Pie de Gallo, al pie del Santuario de la Virgen del Socavón.

Dr. Antonio Revollo Fernández